

inclinarse la cabeza delante del triunvirato. Era el momento en que la Convencion debia nombrar nuevos ministros, ó conservar el ministerio del 10 de Agosto. Roland, Danton y Servan presentaban su dimision, si una invitacion formal y explícita de la nueva Asamblea no les daba fuerza legitimando su autoridad.

## XII

Se abrió la discusion sobre este punto. Buzot, órgano de Roland, pidió á la Convencion que relevase de su cargo á Servan, ministro de la Guerra, por causa de su enfermedad. «Yo suplicaria á Danton permaneciese en su puesto, si él no hubiese declarado tres veces que queria retirarse. Tenemos el derecho de invitarle, pero no el de obligarle. En cuanto á Roland, es una política bien extraña no querer hacer justicia, no diré á los grandes hombres, sino á los hombres virtuosos que han merecido confianza. Se nos dice: no nos faltan hombres virtuosos y capaces. Extraño á este país de virtudes y de intrigas, pregunto á mis colegas: ¿dónde están? A pesar de las murmuraciones, las calumnias y las amenazas, me envanezco con decirlo, Roland es mi amigo; le tengo por hombre de bien, y todos los departamentos piensan como yo. Si Roland queda, es un sacrificio que hace á la causa pública, porque de ese modo renuncia al honor de sentarse entre vosotros como diputado. Si no queda, pierde la estimacion de los hombres de bien. La nacion no conoce vuestros odios, y dice á los hombres honrados: «Continuad sirviéndome, y tendreis siempre mi aprecio.» «Pido—dice Philippeaux—que se extienda la invitacion de Danton.» «Y yo declaro—responde Danton—que me niego á esa invitacion, porque creo que no es digna de la Convencion.» «Y yo—replica Barere—me opongo á todo paso que dé la Convencion para retener á los ministros; sería contrario á la majestad y á la libertad del pueblo. Recordad las palabras de Mirabeau: *No pongais en balanza jamás un hombre y la patria.* Yo rindo homenaje á las virtudes y el patriotismo de Roland; pero no se puede ser libre mucho tiempo en un país en que se eleva con las adulaciones á un ciudadano sobre los demas.» «Yo—añade Cambon—no puedo oír que se aplauda á un hombre sin temblar.» Danton se levantó de nuevo, impaciente con una discusion que ella sola era un homenaje al nombre de Roland. «Nadie—dice con fingida deferencia—hace á Roland más justicia que yo; pero si le haceis una invitacion, hacedla tambien á su mujer, porque todo el mundo sabe que Roland no estaba solo en su departamento. Yo estaba solo en el mio.» A estas palabras se oyen en los bancos de los jacobinos carcajadas malévolas contra madama Roland; los susurros de la mayoría ahogan y critican á Danton lo inconsiderado de su alusion, y él se irrita con aquellos murmullos. «Pues se me obliga á decir claro mi pensamiento, recordaré que hubo un momento en que de tal modo estuvo destruida la confianza, que ya no habia ministros, y que el mismo Roland tuvo intencion de salir de Paris.» «Conozco ese hecho,—responde Louvet;—fué cuando se entapizaban las calles con carteles repugnantes con las más atroces calumnias. (*Muchas voces: ¡Era Marat!*) Temiendo por la causa pública, y temiendo por el mismo Roland, fui á hablarle de su peligro, y me contestó: *Si me amenaza la muerte, debo aguardarla; ése será el último crimen de la faccion.* Por consiguiente, Roland podia haber perdido alguna confianza, pero habia conservado todo

su valor.» Valazé sostiene á Louvet y defiende á Roland. «Se os ha citado á Aristides. Si los atenienses sentenciaron al ostracismo á este hombre justo, expiaron su injusticia volviéndole á llamar. Si Roma desterró á Camilo, éste fué vengado volviéndose á su patria. Los nombres de Roland y de Servan son sagrados para mí.» (*Se aplaude esta manifestacion de amistad.*) «¿Qué le importa á la patria—continúa Lasource—que Roland tenga una mujer inteligente que le inspire sus resoluciones, ó que estas resoluciones vengan de él mismo? (*Aplausos.*) Este mezquino medio no es digno de los talentos de Danton. (*Nuevos y más numerosos aplausos.*) Yo no diré, como Danton, que es la mujer de Roland quien gobierna, pues esto sería acusar á Roland de ineptia. En cuanto á la falta de



Robespierre y la familia Duplay.—Pág. 144.

energía, diré que Roland respondió con valor á los malos anuncios en que se trataba de ajar la virtud de un hombre íntegro. ¿Cesó alguna vez de predicar el orden y las leyes? ¿Cesó nunca de quitar la máscara á los agitadores? (*Aplausos.*) ¿Débese, sin embargo, invitarle á que continúe de ministro? No. ¡Desgraciadas las naciones reconocidas! Lo digo con Tácito: el reconocimiento hizo la desgracia de las naciones, porque él es quien hizo los reyes. (*Nuevos aplausos.*)»

Esta oportuna intervencion de un amigo de Roland eludió la cuestion sin resolverla, y dejó á los girondinos los honores de la magnanimidad. Roland escribió al dia siguiente á la Convencion una de estas cartas leídas en sesion pública, y que indirectamente le daban la palabra en la Convencion y la influencia del talento de su mujer en la opinion. Estas cartas á las autoridades constituidas, á los departamentos y á la Convencion, eran los discursos de madama Roland. Rivalizaba de este modo con Vergniaud, luchaba contra Robespierre y anonadaba á Marat. Se conocia el genio, se ignoraba el sexo, y combatia disfrazada en la guerra de los partidos. «La Convencion—decia Roland en su carta—ha demostrado su



prudencia no queriendo conceder á un hombre la importancia que parecería dar á su nombre la invitacion solemne de que permaneciese en el ministerio; pero su deliberacion me honra y ha pronunciado su deseo bien claramente. Este deseo me basta, me abre la carrera y me lanzo á ella con valor. Permanezco en el ministerio porque hay peligros que arrostrar, y los arrostro sin temor desde el momento que se trata de salvar mi patria... y me consagro á ella hasta la muerte. Bien sé las tormentas que se forman; hombres ardientes y quizá extraviados toman sus pasiones por virtudes, y creyendo que sólo ellos pueden servir á la libertad, siembran la desconfianza contra todas las autoridades que ellos no han creado, hablan de traicion, provocan las sediciones, afilan los puñales y meditan las proscripciones. Se forman un derecho de su audacia y una muralla del terror que tratan de inspirar; arrastrarian á la destruccion un imperio bastante desgraciado para no tener ciudadanos capaces de quitarles la máscara y de contenerlos. ¡Cuán culpable no sería el hombre superior por su fuerza ó sus talentos, en esta horda insensata, que quisiese hacerla servir á sus ambiciosos designios, que tan pronto con la apariencia de una indulgencia magnánima excusase sus injusticias, tan pronto atenuase sus excesos! Tal ha sido la marcha de los usurpadores desde Sylá á Rienzi. Se os han anunciado proyectos de dictadura y de triunvirato. ¡Han existido! Se me acusa de falta de valor, y yo pregunto: ¿cuál fué el valor, en los dias lúgubres que siguieron al 2 de Setiembre, de aquellos que protegían á los asesinos?»

Estas alusiones directas á la municipalidad de Paris, á Danton y á Robespierre, eran una declaracion de guerra en que la irritacion de la mujer ultrajada se sobreponia á la sangre fria del político. De este modo rechazó á Danton, indeciso, á las filas de los enemigos de los girondinos, y Danton se hizo irreconciliable. Aún se trató de conmovérle y atraerle al partido que era más análogo á su naturaleza de hombre de Estado. Prestóse á ello por un momento, porque la anarquía prolongada le disgustaba, y fingió más deferencia por Robespierre que la que en realidad tenia, confesando claramente lo mucho que le disgustaba Marat. Apreciaba á Roland y habia admirado á su mujer. La elocuencia de Vergniaud le entusiasmaba. Su alma era demasiado fuerte para conocer la envidia; su corazon conservaba mal el odio, y su alianza con los girondinos era fácil, y hubiese armado las teorías de Vergniaud de la fuerza de ejecucion que faltaba á este orador platónico. La Gironda sólo tenia cabezas; Danton hubiese sido su brazo. El se inclinaba hácia estos hombres, y amaba la revolucion como un liberto que no quiere volver á caer en la servidumbre.

## XIII

Anhelaba tambien Dumouriez esta reconciliacion de Danton y los girondinos, porque daba á Francia un gobierno cuya espada hubiera sido él. Reunió á su mesa á Danton y á los principales jefes de la Gironda. Se habló de imponer silencio á los resentimientos, se habló de no remover la sangre de Setiembre, de la que sólo podian salir exhalaciones mortales para la república; de relegar á Robespierre y á Marat á la impotente idolatría de las facciones, de llamar á Paris una fuerza departamental imponente, de intimidar á los jacobinos y de sujetar la municipalidad al yugo de la ley. En Paris, los comités de la Convencion dominados por los amigos de Roland y de Danton; en las fronteras, Dumouriez asegurando el ejér-

cito á la Convencion, y alucinando la opinion con el brillo de nuevas victorias, debian salvar á la nacion fuera, y consolidar el gobierno dentro. Este plan, desarrollado por Dumouriez y aceptado por la mayoría de los convidados, sedujo todos los ánimos. Petion se adhería á él. Sieyes, Condorcet, Gensonné y Brissot conocian que era necesario. Vergniaud, más político y más hombre de Estado que lo que dejaba sospechar la indolencia de su carácter, consentía en poner un sello sobre sus labios y en sacrificar la indignacion de su alma á las necesidades de la patria. Muchas veces, durante aquella noche, parecia estar cimentada la alianza.

Pero Buzot, Guadet, Barbaroux, Ducos, Fonfrede y Rebecqui, cuyo republicanismismo tenia toda la pureza de una idea sin tacha, se prestaban con una repugnancia visible á las concesiones que tácitamente les hacian aceptar la solidaridad de los asesinatos de Setiembre. «Todo, excepto la impunidad para los asesinos y sus cómplices»,—dijo Guadet al retirarse. Danton, irritado, pero dominando su cólera, se dirigió á él y trató de atraerle á miras más conciliadoras. «Nuestra division—dijo cogiéndole la mano—es la perdicion de la república. Las facciones nos devorarán á los unos despues de los otros, si no acabamos con ellas desde el primer momento. Morirémos todos, y vosotros los primeros.» «No es perdonando el crimen como se obtiene el perdon de los malvados,—respondió secamente Guadet.—Una república pura ó la muerte: éste es el combate que nosotros vamos á empezar.» Danton soltó con tristeza la mano de Guadet, y le dijo con voz profética: «Guadet, no sabeis hacer á la patria el sacrificio de vuestros resentimientos; no sabeis perdonar, y sereis víctima de vuestra obstinacion. Vamos cada uno adonde el flujo de la revolucion nos impela. Podíamos dominarla unidos; desunidos, ella nos dominará. ¡Adios!» Rompióse la conferencia. Danton fué rechazado hácia Robespierre, y la direccion de la Convencion entregada al azar.

No obstante, Danton, que preveía la anarquía y temía á Robespierre, hizo solo con Dumouriez una alianza ofensiva y defensiva contra los enemigos comunes. Una ojeada bastó al vencedor de Valmy para juzgar á los girondinos. «Son romanos fuera de su país,—dijo á Westermann, su confidente.—La república como ellos la entienden, no es más que la novela de una mujer de talento. Se alegran con buenas palabras, mientras el pueblo se embriagará con sangre. Aquí sólo hay un hombre, que es Danton.» Desde aquel dia Dumouriez y Danton concertaron en secreto todos sus pensamientos. Estos dos hombres, unidos en adelante, tuvieron todavía una segunda entrevista con los girondinos en casa de madama Roland. Hubiera podido decirse que el instinto de su porvenir les advertía de los peligros de su rompimiento y trataba de unirlos aún. Madama Roland cubrió de seducciones y encantos el abismo que separaba los dos partidos. Vergniaud tendió su mano generosa y pura á Danton arrepentido. Louvet inmoló á Robespierre y á Marat con sus sarcasmos, á la risa amarga de sus amigos y al desprecio de su rival. Dumouriez contó su guerra, y prometió para la primavera dar Bélgica á la república, si ésta queria tan sólo vivir hasta entónces. Los corazones parecian explayarse, y el entusiasmo de la patria transportó un momento los ánimos á una region inaccesible á la division de las facciones. Pero cada vez que se volvía al terreno de la realidad y á la cuestion del dia, se encontraba la sangre de Setiembre. Danton la expiaba con su embarazo. Los girondinos le acusaban con su horror. Evitóse tratar de ella, y se separaron con sentimiento, pero se separaron para siempre.